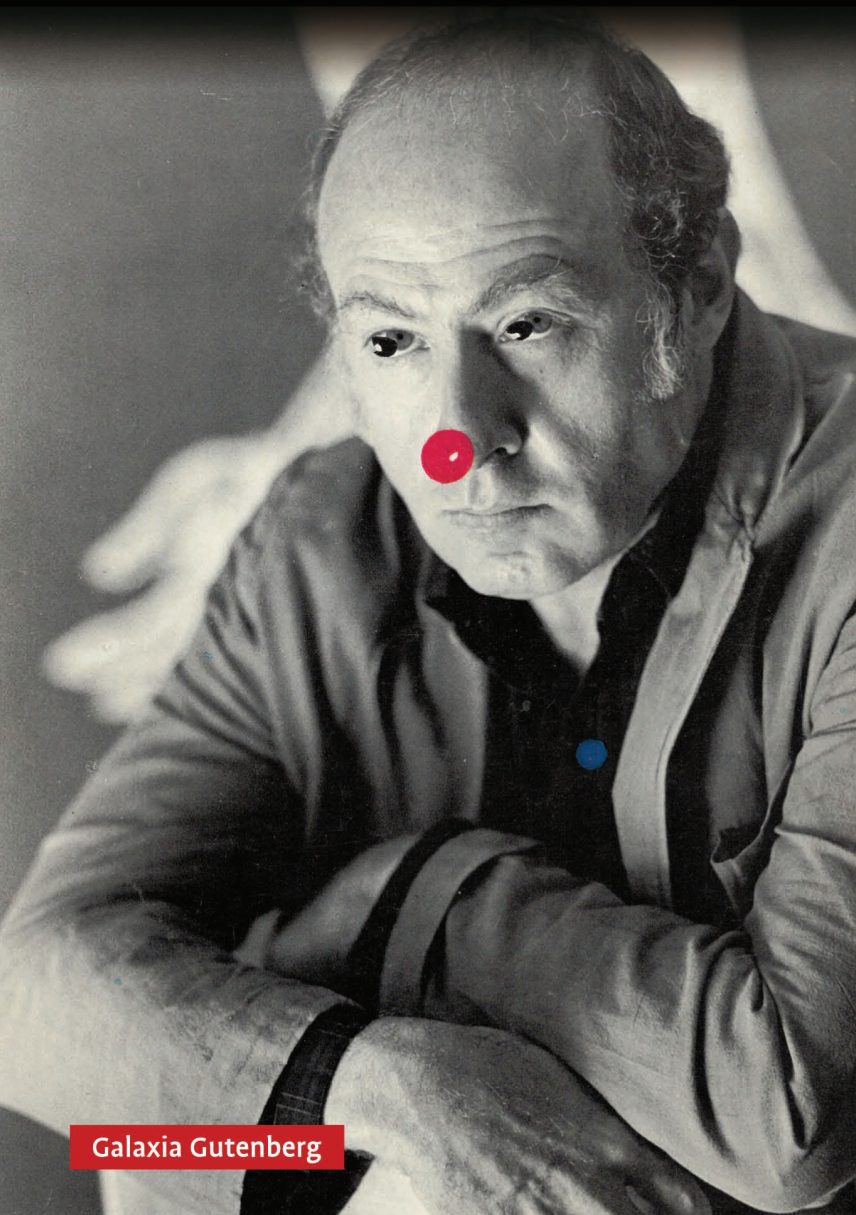


Eduardo Arroyo

Bambalinas



Galaxia Gutenberg

Eduardo Arroyo

Bambalinas

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Eduardo Arroyo, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 2546-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-33-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«¿Y si esto fuera Meliúkova? Aún resulta más extraño que después de andar a la aventura hayamos llegado a Meliúkova», pensaba Nikolái.

En efecto, estaban en Meliúkova; varios domésticos aparecían ya en el portal con bujías encendidas y caras risueñas.

—¿Quién es? —preguntó alguien desde la escalera.

—¡Disfrazados de la casa del conde! Los conozco por los caballos —respondió otra voz.

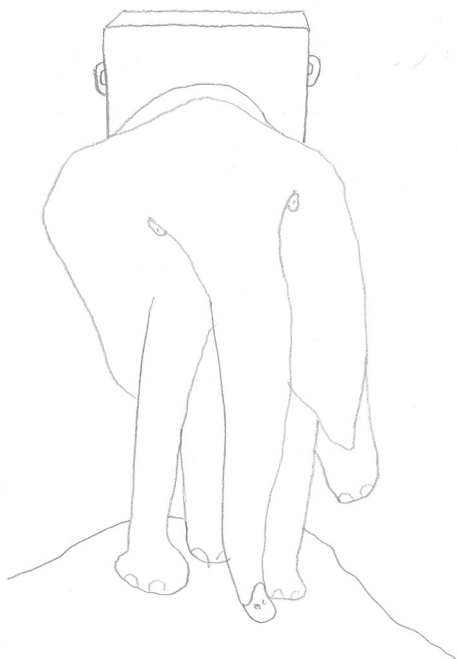
LEV TOLSTÓI, *Guerra y Paz*

Presentación

Bambalinas es el producto de lo que yo llamaría una literatura del vagabundeo, del deambular, una escritura que se complace en saltar de un tema a otro, en un desorden aparente, en el corazón de lo que podría parecer una incoherencia pero que en realidad va construyendo una singular coherencia. Soy pintor y la pintura impregna mi escritura, que es, por lo tanto, visual, aunque sin ser por ello descriptiva. Peregrino por mis recuerdos, que se mezclan, se entrecruzan, terminan en retratos. Este libro se parece a los dos anteriores, *El Trío Calaveras* y *Minuta de un testamento*, pero aquí ya no se trata exactamente de memorias o de una autobiografía; este texto viene marcado por mi constante interés por el travestismo y la máscara. Por otra parte, noto que todo el mundo aparece cada vez más enmascarado: en la televisión y en las manifestaciones públicas o políticas surgen las máscaras por doquier. Acaso *Bambalinas* no trate de otra cosa.

EDUARDO ARROYO,
diciembre de 2015

El elefante de Kubin



En mis memorias cuento una escena soñada, la de mi funeral al que acudía un elefante gigantesco, muy parecido al proboscídeo grabado por Kubin, que cargaba en sus lomos un baúl de metal donde estaban guardados mis libros. Re-

cién incorporado, yo lloraba dentro de mi tumba mirando de frente hacia la colina. ¡El elefante me traía mis libros! No podía traerlos todos, por supuesto, pero sí una selecta parte de los que a mí me gustan, de los que por nada del mundo me olvidaría, de los que amueblaron mis noches de insomnio. En medio de tanta emoción, comprendí que me enterraban al lado de mis volúmenes preferidos, cuya presencia me apaciguó enseguida. Me acosté de nuevo, apoyando la coronilla en *Robinson Crusoe*, el ejemplar que me acompañaría en el más allá, el que a modo de pasaporte pasaría conmigo la frontera, la frontera de la expiración.

Me agrada pensar que se pudiera cruzar las fronteras saltándose a la torera aduanas, fieltos, check points, hojas de ruta, puestos de policía, torretas, fosos y demás muros, mostrando, en lugar de los consabidos Documento Nacional de Identidad, pasaporte, salvoconducto, título de viaje o demás zarandajas, simplemente un libro. Y como lo importante desde mi punto de vista es que para pasar de un país a otro se enseñase un libro, bastaría uno cualquiera; pero claro, no un libro de cabecera sino un libro de viaje. Tampoco sería indispensable que se tratara de viajes parecidos a las expediciones emprendidas por el gran Tamerlán, ni que se hablase de nomadismo; bastaría con un libro abierto en el que, por falta de tiempo, aún no se hubiese llegado a la palabra «fin».

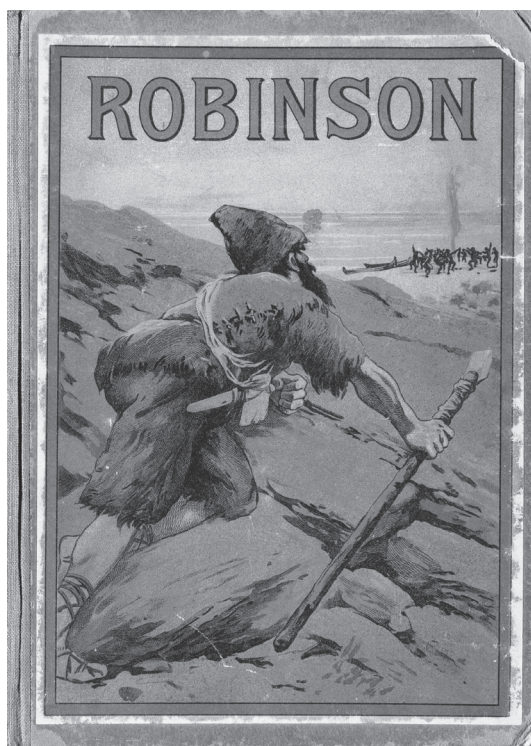
La novela *Robinson Crusoe* marcó mi vida de forma definitiva y me indicó tanto el buen como el mal camino. El bueno: la delicia de estar solo. El malo: el no estar acompañado. Se trataba de un ejemplar –repito– de *Robinson Crusoe*, publicado por Ramón Sopena Editor, Provenza 93-97, Barcelona, y digo Barcelona puesto que por aquellas fechas de mi infancia todos los Robinsones en lengua castellana, *El Robinson de la Guayana*, *Los Robinsones Vascos*, *Los Robinsones de los Hielos*, *La escuela de Robinsones*, *El Tío Robinson*, *Robinson no debe morir*, *El Robinson del Himalaya*, *La vida secreta de Robinson Crusoe*, *Las locas aventuras de Robinson*, *Las locas aventuras del verdadero Robinson*, *El Robinson Suizo* (volveré a hablar de Suiza)

pasaban indefectiblemente por la capital catalana. Pues repito, mi volumen, *Aventuras de Robinson Crusoe* de la Biblioteca para niños, printed in Spain [sic], MCMXLIII, venía ilustrado con 55 grabados. Desde las primeras líneas comprendí que el libro era mío:

[...] Un día que mi madre parecía estar más contenta que de ordinario, llamándola aparte, le dije que mi pasión de ver el mundo era tan irresistible que me incapacitaba para emprender carrera alguna, que había resuelto firmemente poner en práctica mi ilusión y que mi padre obraría con más tino dándome su consentimiento que obligándome a alejarme en contra de su voluntad.

Las circunstancias no obligaron a mi padre a que me diera su permiso para alejarme; Juan González Arroyo murió joven y no tuvo tiempo para pronunciarse sobre el sí y el porqué de mi vuelo. No pudo tampoco adivinar el trato tortuoso que he mantenido hasta ahora con las islas. Y es que para mí no representan la exaltación del viaje sino una experiencia necesaria que se mueve entre la aceptación y el rechazo.

Islas



Corfú con P.; Skyros con Karl Flinker; Margarita con Andreu Alfaro y Monjalés; Isla Mujeres con Gilles Aillaud y Antonio Recalcati; Cuba; Capri con el bar del hotel Quisisana; Belle-Île y Porquerolle; Elba y Procida; Seychelles con

Francis Biras; Sicilia, Cerdeña... Encerrado en aquellos lugares apartados yo era una presa fácil para el miedo; me asustaba el hecho de no poder coger a mi antojo un tren o un coche para desaparecer y fugarme de aquellos problemáticos paraísos. Caía en la inquietud y el deseo de retorno. En el momento de pisarla detesté la isla de Corfú. No soportaba su geografía ni sus habitantes, demasiado italianos para ser buenos griegos. El día en que suicidaron a Marilyn Monroe mientras P., sonriente, se desperazaba al sol, yo remaba en un bote de alquiler aunque nunca me gustó remar ni tampoco arrimar mucho el ascua a mi sardina. En el mismísimo instante en que el sol estaba en lo más alto, comprendí la inutilidad de aquel viaje y empezó, como una fulguración, el principio del fin con P.

Isla Margarita, isla de San Andrés (Colombia), al norte de Venezuela, con M. G., con Doro y Andreu, con Rosario y Monjalés. Mi amigo Echevarría nos había prestado una lancha de pesca y, aunque no pescamos nada, tampoco me importó el pobre resultado. En el Caribe, cuando afirmas que te gusta la pesca, todo el mundo piensa que quieres capturar peces vela de color azul y tiburones de alto tonelaje, y no es así. Es imposible izar a bordo los peces de más de treinta kilos y siempre tendrás a tu lado a un individuo con una lata de cerveza en mano que, después de verte exhausto y sudando la gota gorda, te arrebatará sin miramientos el sedal en cuanto se dé cuenta de que tu objeto del deseo ha picado y se va aproximando a la embarcación. En ese momento, verás cómo los demás se regocijan de que tu presa suba a bordo mientras tú, confuso, miras hacia otro lado. No me gusta la pesca en el Caribe; lo que a mí me gusta de verdad es el pez del Mediterráneo, aquel que pescado por mí raramente excede los 400 gramos. Una vez capturado, no se te resistirá en absoluto, lo subirás a la embarcación y tú mismo, con tus propias manos, liberarás el anzuelo de su boca y lo depositarás con sumo cuidado en el cubo de plástico, de forma que los otros desgraciados que coletean en el fondo no se sientan demasiado solos.

Positano: la recuerdo con deleite –aunque en los mapas oficiales no se trate de una isla– cuando el sol se iba haciendo más tenue y la luz comenzaba a bajar; entonces era cuando yo salía a pescar con mi amigo el ferretero, apodado Il marchese (el marqués) por su digno porte aristocrático, y volvíamos a las tres o a las cuatro de la tarde del día siguiente. Comprábamos las anchoas frescas en pleno mar, acercándonos a los barcos industriales que las pescaban sirviéndose de sus descomunales redes y de sus faros inquietantes que perforaban la superficie salada. Después, en la oscuridad de la noche, las íbamos colocando anzuelo por anzuelo entre boca y ojo. Esperábamos en silencio el lento amanecer mientras el agua se iba tragando nuestros hilos, confiando –yo tenía confianza en él– en que la pesca fuera fructífera. El marqués sabía perfectamente lo que se traía entre manos y su destreza nos ofrecía una espléndida dorada o una bella lubina de más o menos un kilo que terminaba cayendo en la cazuela a nuestro regreso. Aunque las maderas de aquella cáscara de nuez con su motor fuera borda de 20 caballos me rompían los riñones, año tras año se repetían aquellos días con el marqués, mi amigo constantemente atento a las señales que le daba el horizonte, días que me llenaban de alegría y de ganas de vivir.

Isla Mujeres: en aquel viaje, rastreeé con Antonio y Gilles la traza de Malcolm Lowry, allá por 1967. Cansados de las aventuras de la noche anterior y de adentrarnos en la maleza para ver ruinas, preferíamos meternos en un destartado cinematógrafo a la hora de la siesta para ver, medio dormidos, *Río Bravo* por enésima vez.

Cuba, La Habana: ese mismo año de 1967, Carlos Franqui nos invitó a Gilles, a Antonio, a mí y al Salón de Mayo (que cada año tiene lugar en París). Allí hicimos el *Mural de la Habana*, una pintura colectiva de más de cincuenta metros cuadrados ejecutada en una sola noche. Pero el tiempo se perdió y se truncaron rápidamente las esperanzas. Todavía no me había dado cuenta de que lo único libre en Cuba era la barra, que no es poco. Tumultuosa relación con N. y con S. Tumultuosa relación con una imposible revolución.

Como reseñaba Michel Leiris en su diario a propósito de la idea de revolución:

15 de julio-7 de agosto. Cuba:

«La revolución va de prisa...» (decía Carlos Franqui). Si es así, ¿cómo puede una obra que madura lentamente ser revolucionaria?

Para ser simplemente revolucionaria, una obra debería:

–Ser ejecutada rápidamente (para no ir retrasada con respecto al acontecimiento, incluso a la fase, y porque la ejecución rápida es la única que puede conservarle su frescor al acontecimiento);

–Ser mordaz en la forma (de manera que impacte, incluso que inquiete);

–Romper con el academicismo (pues importa, con el fin de agudizar su conciencia, llevar al lector fuera de los senderos trillados);

–Ser independiente de las consignas (pues cualquier sometimiento sólo puede restarle vehemencia).

A todo esto pudiéramos añadir lo que escribió Cocteau mientras trataba de desintoxicarse del opio: «La pureza de la revolución puede mantenerse quince días».

Isla de Capri, donde Curzio Malaparte aprovechó una cavidad oculta en una roca, en medio del bosque que circunda su espectacular casa al lado de los Faraglioni, para esconder el manuscrito de *Kaputt*. Y Nápoles ya se va alejando:

–Bueno, también en Nápoles hemos combatido a las moscas, es más hasta les hemos declarado la guerra. Tres años llevamos haciéndoles la guerra a las moscas.

–Entonces, ¿cómo puede ser que haya tantas moscas en Nápoles?

–Y yo qué quiere que le diga, señor, ¡han ganado las moscas!¹

1. Últimas líneas de Curzio Malaparte, *Kaputt*. Punta del Massullo (Capri), septiembre de 1943.

Pero volveré a hablar de este libro.

Isla de Elba. Naturalmente napoleónica. Malos recuerdos ¿Para qué insistir en ellos? Los presos esposados y encadenados embarcaban en el puerto de Génova para la penitenciaría de la isla y quedaban a la vista de todos los viajeros.

Isla de Belle-Île, donde murió Klaus Michael Grüber. En el Báltico con D., la isla de Rügen que Hitler había transformado en un sorprendente lugar de veraneo para su clase obrera construyendo un conglomerado de viviendas de doce kilómetros de largo, a pocos metros de la playa: un parapeto frente a las costas de Polonia. A pesar del estrecho de Mesina considero a Sicilia una isla con todas sus consecuencias. Incluso puedo afirmar que Sicilia es un continente rico en todo. Primeros viajes para ver calaveras, primeros encuentros con Leonardo Sciascia, el único italiano que sabía quién era Ángel Ganivet. Aquí he de recordar las líneas que escribió para mi exposición de 1978 en la Galerie Karl Flinker, 25 rue de Tournon en París:

Ángel Ganivet se tira al Dvina. Inmediatamente, ante este gran lienzo de Arroyo, antes incluso de que el ojo vea el trágicamente irrisorio símbolo del pingüino, lo asalta a uno la sensación del hielo cortante, como si uno estuviese dentro de ese diminuto golfo en el cual una costra de hielo se resquebraja y se abre bajo el peso del cuerpo que se tira hacia ella (e intuimos que se volverá a cerrar intacta por encima del cuerpo del ahogado). Luego nos viene a la mente un pensamiento del mismo Ganivet en la primera de sus cartas a Unamuno que componen *El porvenir de España*: «Si usted suprime a los romanos y a los árabes, no queda de mí quizás más que las piernas; me mata usted sin querer, amigo Unamuno». Y he aquí que de Ganivet suicidado en las heladas aguas del Dvina, sólo quedan en el cuadro de Arroyo las piernas. Suicidado pero en realidad muerto por un norte aún más al norte que el de Unamuno. Tanto más al norte en términos geográficos por cuanto que para Ganivet el

norte comenzaba con la España de Unamuno, aquella España en la que terminaría por morir de mala manera el mismo Unamuno, con su propia agonía (palabra que cobra en su caso una intensa y múltiple significación) envuelta en el crepitar de los pelotones de ejecución. «Usted, amigo Unamuno, desciende en línea recta de aquellos esforzados y tenaces vascones, que jamás quisieron sufrir ancas de nadie; que lucharon contra los romanos, y sólo se sometieron a ellos por fórmula; que no vieron hollado su suelo por la planta de los árabes; que están todavía con el fusil al hombro para defenderse de las libertades modernas, que ellos toman por cosa de farándula... Yo, en cambio, he nacido en la ciudad más cruzada de España, en un pueblo que antes de ser español fue moro, romano y fenicio. Tengo sangre de lemosín, árabe, castellano y murciano, y me hago por necesidad solidario de todas las atrocidades y aun crímenes que los invasores cometieron en nuestro territorio.» He aquí el pensamiento que Arroyo asume *à la lettre*, que plasma en imagen, mediante un hecho físico: que de arrancar a los romanos y a los árabes de la historia de España, no hubiera quedado de un español como Ganivet más que las piernas. Es un pensamiento que hago mío en lo que concierne a la historia de Sicilia: y es la razón por la cual escribo esta nota. En cuanto a los romanos, hay que tener en cuenta que Ganivet pensaba más en Séneca que en las legiones (no es verdad, como creo que afirmaba Américo Castro, que Ganivet fuese de los que hacían a Séneca español); aunque un siciliano, ya puesto a excavar entre romanos, seguramente sólo se encontraría ¡ay! con un Verres. Ángel Ganivet se tiró a las heladas aguas del Dvina el 29 de noviembre de 1898. Se sabe que Azorín nombró «generación del 98» a aquel grupo de escritores del que él mismo formaba parte, que a finales del siglo pasado pasó a representar «una querencia de honda renovación del espíritu nacional», como dice Salinas, quien pone a la cabeza del grupo a Ganivet. «Una generación de interrogadores», prosigue Salinas, «una generación de buscadores». «Los hombres del 98 parten como otros tantos caballeros andantes aquíjotados en busca de España-Dulcinea, la ideal, desdeñosos de la España-

Aldonza, la material.» Pero he aquí que el año mismo en que los demás parten para la quijotesca empresa, Ganivet muere suicidándose. Es por lo tanto una contradicción, un contrasentido por parte de Salinas *et alii* poner a la cabeza de un grupo de interrogadores, de buscadores, de caballeros andantes en busca de la España-Dulcinea a un hombre que en el momento de plantear la pregunta le da su propia respuesta y en el momento de la partida desaparece en las aguas del Dvina. Éste es el misterio de Ganivet. Y sólo comenzará a desvelarse en 1936: un año antes de que naciese Eduardo Arroyo.

Vuelvo a mi lista. El 31 de diciembre en Palermo en la terraza de la casa del pintor Renato Guttuso con doscientas personas armadas con pistolas disparando al cielo. El viaje homérico en Jaguar con Valerio y Camilla Adami y con N., atravesando raudos la isla hacia Capo di Orlando, la tierra de Lucio Piccoli, el primo de Tomaso di Lampedusa, para terminar arrestado por la denuncia de un canalla con sotana porque, según él, yo había interrumpido una ceremonia del culto católico. Fue y no fue así, como siempre; yo quise impedir que el tonto de negro gotease mis obras con agua bendita por dos poderosas razones: una, se podían estropear; dos, traía mala suerte. Facciamo le corna. Aquel acontecimiento no fue ninguna broma y me costó el dineral que no tenía (viajes, abogados, dietas, testigos, etc.). Fui absuelto pero la sabandija recurrió sin que le temblara el pulso, tan grande era el odio que consumía su miserable esqueleto. Una oportuna amnistía final me libró de aquella pesadilla.

Cerdeña. Compré una casa a M.G.E. frente a otra isla: la Tavolara. Primeras esculturas. Malos recuerdos. Soledad y aislamiento. Pescas agradables con G.F.E. que me distraían y me animaban. Gian Franco había encontrado un caladero de doradas donde, de vez en cuando, sentíamos el tirón. Seychelles, varios viajes hasta que las odié; no he vuelto más ni volveré y menos ahora después de escuchar los ecos que me llegan de lo que allí se cuece. Francis y Marine Biras. Renzo, que se murió de nostalgia con un vaso de whisky en

la mano mirando al horizonte. Guy y Anne-Marie de Rougemont, Aldo Mondino y Marina. Olor dulzastro, agridulce. Mi hijo Pimpi era ya un buen pescador. Palmeras que se doblan sobre el mar y no se enderezan jamás.

Isla de la Cité. De niño leía en una pequeña guía de Francia nombres que yo entonces desconocía. Recuerdo que me divertía ver cómo aquel libro se abría casi espontáneamente en la página dedicada a esta isla de París. Se me antojaba que se trataba más bien de una nave flotando en medio del Sena con puentes como cabos para impedir que se fuera al mar o que se hundiera. Aparecían Notre-Dame y dos enormes edificios desprovistos de las características del estilo gótico de la catedral: la Préfecture de Police y el Palais de Justice. Muchos años después, tuve que cruzar aquellos puentes y pisar la Préfecture para ir a recoger mi *carte de séjour*. También tuvo que viajar a París y cruzar el Sena mi amigo Pierre Pinoncelli para defenderse en una sala del Palais de Justice de una denuncia de la administración del Centre Pompidou. Isla de los cisnes: un largo paseo que se extiende en mitad del río Sena y va cobrando todos los tonos del bronce a medida que avanza el otoño.

Palma de Mallorca e Ibiza con Isabel, María, y José Mari; buenos y alegres recuerdos. Enorme e inolvidable tempestad con pata de jamón ibérico deslizante que resbalaba por el piso del pañol en sintonía con los bandazos que daba el barco. Fuerza ocho y más. Los Roques (Venezuela), el reino de María Eugenia y Pocho. Volveré siempre que pueda. Skyros, el reino de Karl Flinker: Camille y Gilles, Jacqueline y Jean Hélion, y de lejos, por si fuera poco, Nathalie Sarraute, de lejos literariamente hablando. No me importaría no volver a ninguna isla griega. Skyros con el vino retsina, amable y que sabe a resina, refugio de gente chic de París. Córcega, Calvi más exactamente. La cocina de Patrick Bongers, Hervé Télémaque, Henri Griffon, Philippe Dagen e Isabel. Todo se queda en un recuerdo feliz mirando a lo lejos a pesar de amenazantes cataratas.